

# LA SOMBRA DEL CORAJE

## RESPONSO PARA UN BANDOLERO

Enrique Volpe. Lom Ediciones, 1996, 151 páginas.

Es difícil competir con los grandes relatos sobre bandoleros y forajidos que existen en la literatura chilena; sin ir más lejos, con *Eloy*, la extraordinaria narración del recién fallecido Carlos Droguett. No nos atrevemos a decir que, con el libro que aquí comentamos, Enrique Volpe -quien nació en Italia en 1938 y llegó a Chile 10 años más tarde- haya superado a Droguett, pero sí que se ha puesto a su nivel. *Responso para un bandolero* es una novela muy bien construida, su historia posee un recio sedimento sentimental, y su discurso crea con efectividad la atmósfera de violencia, pero también de desamparo social, que el autor quiso conferirle a su relato.

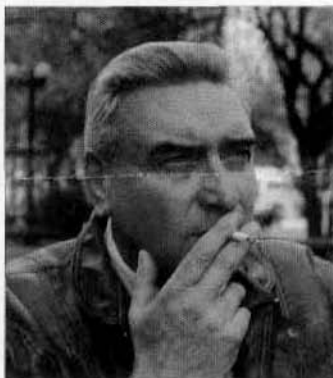
Según se lee en la introducción de José Miguel Varas -¿qué mejor prologuista para una novela de este tipo?-, Segundo Catalán, el Corralero, fue una figura histórica, un temido salteador de las zonas rurales aledañas a Santiago con quien Volpe tuvo la oportuni-

dad de conversar en numerosas ocasiones. De ahí surgió esta ficción basada en la vida de un bandolero que no murió a manos de la policía, sino, con más de 90 años a cuestas, convertido en un tranquilo vecino de las barriadas pobres de Santiago, dueño de una pequeña chacra y de algunas casas de arriendo, respetado por su prestigio de antiguo hombre aguerrido.

La forma del relato es bastante sencilla. El narrador contempla a su personaje en algún momento de 1984, cuando es un hombre achacoso que tiene que caminar apoyado en los hombros de su hermana, "dos míseros viejos que, con pasos lentos, quizás demasiado lentos, caminan hacia la muerte". A partir de ahí se desarrollan los recuerdos del ex forajido, organizados siempre en torno a tres figuras fundamentales de su vida: la indestructible amistad del Flaco Manuel, tenebroso bandolero que no tuvo la misma suerte que el protagonista; la única mujer a la que amó, Elisa Galdámez, fallecida muy temprano como consecuencia de la victimización que sufrió por parte de un inescrupuloso abogado san-

tiaguino; y el Chivato Marín, afamado poeta popular de los prostíbulos y chinganas visitados por Catalán durante sus años de correrías.

El encadenamiento de unos recuerdos con otros va desenvolviendo ante el lector la existencia azarosa del Corra-



Enrique Volpe.

lero, la galería de quienes lo rodearon y también la de sus tenaces e implacables perseguidores, todo transmitido por boca de un narrador que mira desde afuera lo que sucede, pero con ojos tan profundamente solidarios con su personaje, que nos hace olvidar su presencia.

El mundo de los bandoleros rurales que operaban no hace tantos años en los alre-

dedores de Santiago, Renca, Conchalí, Quilicura, Lo Prado, Huechuraba -en la época cuando no había despertado todavía el apetito de la ciudad por estos territorios-, surge como un caudaloso torrente de humanidad coloreado con los tonos sombríos de la tragedia social. Volpe observa con mirada profunda este mundo, sacando a la superficie sus mitos y supersticiones, sus sagrados códigos de honor, su especial manera de situarse frente a la legalidad y el orden, y su condición de victimario que oculta, en el fondo, su propia situación de víctima de la sociedad a la que aterroriza.

La oposición opera, precisamente, como eje estructurante del relato. El anciano Segundo Catalán es el reflejo decrepito del antiguo Corralero, así como las áreas urbanas han cubierto el escenario inhóspito y los páramos de sus lejanas correrías. Y lo más importante: la violencia institucionalizada, que golpea innominada y solapadamente, ha reemplazado al coraje tenebroso -pero individual y de dimensiones heroicas- de la desaparecida estirpe del Corralero.

JOSÉ PROMIS